

SEGISMUNDO O UN TRANSITAR HACIA LA IDENTIDAD

Maria Teresa Unia

Universidad Nacional de Córdoba

Aproximarse al aún controvertido periodo barroco en España significa contemplar una admirable floración literaria, expresiva de la actitud espiritual de un pueblo en el doloroso ocaso de una época de plenitud.

Intentamos esta aproximación porque la relectura de algunas páginas de Miguel de Unamuno, lúcido intérprete del alma hispánica y en acecho permanente por el destino de su Patria, nos sugirió la posibilidad de un nuevo abordaje de *La Vida es Sueño*, de Calderón de la Barca.

Para el poeta y profundo pensador vasco, en el *Quijote* y *La Vida es sueño* -dos grandes creaciones del Barroco- se encarnan en síntesis admirable lo específico del pueblo español y lo universal de la humanidad.

A través de España y del ámbito impar de la lengua castellana, América -y consecuentemente nuestra Patria- se insertan en la cultura de Occidente en el periodo barroco.

Por ello, nos proponemos centrar nuestra indagación en el "homo viator" encarnado en Segismundo que, como todo hombre, está hecho para la verdad y va haciéndose en el vivir. Intentaremos analizar las tres etapas que a nuestro juicio transita el protagonista en la búsqueda de su identidad. Alcanzar el intento significa ahondar en la contextura del alma barroca para inteligir los hilos sutiles que la entretajan y que se prolongan en la compleja urdimbre de nuestro ser.

Con nuestras raíces tenemos que buscar, buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispanoamericanos, que son las nuestras. ... y como nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio ser (1).

Al alborear el siglo XVII, se va consolidando la imagen barroca del mundo: el aliento heroico de la España imperial se derrumba ante el ideal perdido, se desmorona el sentido moral, nuevas corrientes espirituales sacuden la cultura en sus raíces más hondas y la desvían de los principios rectores de una tradición de siglos.

Para explicar esa decadencia, críticos e historiadores han aducido razones ya políticas, ya culturales, ya sociales o económicas. Para penetrar esa compleja trama de motivaciones se requiere un punto de partida más profundo, más unificador: indudablemente la decadencia se origina en el espíritu y a él hiere de manera especial.

"Pérdida de ideales. Pérdida de virtudes -particulares, colectivas, cívicas- también". "Enfermedad del alma española" que se irá agravando hacia el final de la centuria, "cuando España no se parecía a sí misma" (2) en el peligroso trance de ir perdiendo su identidad como Nación.

Hay una "conciencia social de crisis" (3) que va configurando una nueva visión del mundo en la que la realidad problemática contemplada se expresa poéticamente en una serie de tópicos e imágenes: el hombre como "microcosmos" ("mundo breve" lo llama Segismundo), el mundo como "confuso laberinto", el mundo "al revés", el mundo como "representación" ... en suma, una visión de la realidad asentada en la "coincidentia oppositorum".

En el centro de esa realidad conflictiva, el hombre vive una gran tensión espiritual. Su clausura se proyecta a las cosas: se quiebra el vínculo que las congrega armoniosamente. Las cosas ya no son entidades plenas sino apariencias de la realidad; ser-parecer, realidad-apariencia, vida-sueño, presunción de vida-fugitiva brevedad, conciencia angustiosa de la finitud, constituyen problemas esenciales del barroco.

Se genera así, gradualmente, el sentimiento del desengaño que tiñe completamente el ámbito del nuevo siglo y que la literatura refleja de manera inequívoca.

El desengaño posee una imagen fracturada: para unos, que lo asumen con sentido ascético, es camino ascensional de salvación; para otros, de ni-

hilismo, de clausura y, por lo tanto, de destrucción.

El hombre del Siglo XVII español, en general, se inscribe en la primera actitud. Su inquietud espiritual lo impulsa a una dolorosa búsqueda de la verdad velada por las apariencias. "Llegar al des-engaño, expresa Celina Sabor de Cortazar, era la aspiración de todo espíritu lúcido. Sin embargo, el logro -el salir del engaño- genera en el espíritu un amargo dejo de desilusión, al descubrir la inanidad del mundo oculta tras la brillante apariencia de las cosas" (4).

En la novela, el Quijote es sin duda el más luminoso ejemplo del desengaño plasmado en la literatura de Occidente, y por eso, magnífica expresión del barroco. Pero en Cervantes, en virtud de su "mirar con alegres ojos", se hace sonrisa y profesión de fe el dolor de España; sobre la nación herida de muerte alza, no sin melancolía, la lumbre de su esperanza en la salvación del hombre cuyo verdadero imperio no es de este mundo.

En análoga actitud se yerque Don Pedro Calderón de la Barca, en la otra gran creación literaria del barroco español: el teatro.

Calderón sigue por los cauces que forjara la creadora genialidad de Lope de Vega; pero nos hallamos en otra época, en otro momento histórico y ello determina que el poeta, al recoger el mundo -el de las cosas, el del hombre, su propio mundo interior, y proferirlo en la palabra poética, nos descubra esa nueva realidad con una estética también nueva.

Asume creadoramente una tradición viva y, por un proceso de selección crítica, opera sobre los elementos de la dramaturgia vigente estructurando reflexivamente la acción, manteniendo lo accidental en su justo límite. Logra así una concentración, una intensificación de la acción dramática que es sometida a un esquema lógico, a una rigurosa sistematización.

La unidad interior se mantiene de modo verdaderamente artístico mediante la llamada "ley de subordinación" (Wolfflin): personajes, episodios o acciones secundarias se subordinan al eje dramático. De ahí el relieve que cobra el protagonista.

Los conflictos se centran en problemas de la existencia humana y han de resolverse por la lucha interior de los opuestos razón-pasión. La razón corresponde a un orden universal; la pasión, al hado, a la fuerza de la fatalidad que arrastra a la destrucción. "La grandeza de los personajes se prueba en la lucha con los acontecimientos adversos, de los que sale vencedor o vencido según domine o no sus pasiones naturales" (6). El instrumento para su lucha es su "querencia", su voluntad que tiende naturalmente al bien; el dolor, el sufrimiento, es su enseñanza.

En el aspecto externo, su teatro alcanzó un boato inusitado en formas y colores; la plasticidad y la ornamentación se correspondían con una rica escenografía. Es época de gran esplendor no sólo del teatro sino también de las formas teatrales de la música. El teatro anima la vida toda; según las circunstancias, será la comedia, la zarzuela, el auto sacramental, la ópera, la mojiganga, la mascarada...o el enlace simultáneo de varias de estas formas (5).

La multitud asistía a la Comedia: el rey, los nobles, los cortesanos, el pueblo todo. A pesar del individualismo cada vez más acentuado, se percibe que el mundo no es una mera yuxtaposición de hombres, que aun hay un orden en el mundo, un "algo" congregante que, a la vez que lo sustenta, es un principio operante en el cual se afirma la propia personalidad.

Pero no perdamos de vista, desde una perspectiva más profunda, que aquella pompa inigualable, aquella exaltación que aparece como incoativa virtud transfiguradora, en realidad descubre o recubre la clausura de la soledad barroca.

En la obra varia y de desigual valor de Calderón de la Barca es posible señalar, no obstante, una estructura ética que enraiza en la visión del "homo viator", del peregrinante, en un siglo que tiende a proclamar la terrenalidad y el dominio.

Nos centraremos en ese aspecto de su temática, que se expresa con diversos matices en varias de sus obras; pero que su drama La Vida es Sueño encarna con singular acierto.

En este drama, el autor se ha propuesto expresar un principio general, un tema filosófico que se condensa en el título.

Publicado en 1635, la idea que lo informa es de antiquísima tradición en filosofía y en literatura, tanto en Oriente como en Occidente.

La obra plantea varios problemas conexos:

1. La afirmación de la "vanitas vanitatum" y de la caducidad de lo terreno, sintetizada en profunda simbología en la expresión "la vida es sueño".
2. Intimamente relacionada con él, la afirmación del libre albedrío sobre las predicciones fatalistas de los astros, como juego entre determinismo y libertad.
3. La victoria de la razón, en virtud del desengaño, sobre las pasiones y el instinto.

Subordinado a estos ejes temáticos, el tema del amor -y su correlato, el honor- cuya portadora es Rosaura, tema importante en el proceso de conversión del protagonista.

Segismundo -el personaje protagónico- no es un carácter, ni un tipo, ni un personaje real; Calderón encarna en él un "concepto representable"; por su peculiar abstracción adquiere la dimensión de símbolo. Este procedimiento universalizador no lo despoja, sin embargo, de momentos de vida individualizada, de reacciones y reflexiones inscriptas en la naturaleza del hombre.

Al interpretar profundamente la realidad y expresarla en un sistema de ideas, Segismundo adviene en símbolo de la vida humana que proyecta esa realidad universalmente.

En una interpretación ya clásica, Alfonso Reyes (7) expresa que Calderón concede a Segismundo dos vidas distintas, una como "doble personalidad", aunque ligadas por el recuerdo. Estas dos vidas, que se expresan en los dos monólogos del protagonista, corresponden a las etapas por las que transita la primera, entre la torre y el palacio y, saltando sobre lo que llama "ausen

cia psicológica", se reanuda al despertar de nuevo en la torre. La segunda, "breve sueño de grandeza", transcurre entre su despertar en el palacio donde vive como príncipe y su nuevo adormecimiento mediante el narcótico.

La tesis de Reyes afirma que la primera personalidad representa el triunfo del libre albedrío por la gradual imposición de la razón sobre los instintos. La segunda, enlazada a la primera por el desengaño, "recibe la descarga de la predeterminación". Concluye que en La Vida es Sueño triunfa la libertad humana.

Con respecto a esta generalizada interpretación, queremos ofrecer nuestra perspectiva, inspirados en las sugestivas reflexiones de D. Miguel de Unamuno.

En el ensayo "Los Naturales y los Espirituales" (8), el pensador bilbaíno habla de tres tipos de hombres: los naturales, los intelectuales y los espirituales. Expresa: "los naturales esperan a los espirituales hastiados de los fríos, huecos sermones del intelecto revestido de piedad". Y precisa luego que la superioridad del hombre espiritual para con el pueblo, respecto al intelectual, reside en que no le da, como éste, conocimientos almacenados en su intelecto, sino que "le enseña lo que es", le enseña su propia alma al desnudo, en suma, se da a sí mismo.

Esta donación, la más fecunda, la más vivificadora, es posible porque "el espiritual, de puro espiritualizarse, vuelve al pueblo".

Para alcanzar este alto grado de perfección, el hombre debe realizar una doble conversión: de la vida natural a la espiritual y -ya crecido en su interioridad- retornar de la vida espiritual a la natural. Naturalizarse - expresa- es hacerse sencillo y cristiano.

Siguiendo este razonamiento, podemos reconocer en el devenir de Segismundo tres momentos:

1. el del hombre que está en sí mismo, en la clausura de su individualidad;
2. el del hombre que sale de sí mismo, que se aliena por la mundanidad, por-

que -siendo el hombre un animal de lejanías- necesita alcanzar perspectiva para descubrir y valorar su identidad;

3. el del hombre que vuelve a sí mismo para rescatarse en unidad e identidad, para tomar conciencia de su mismidad.

El Segismundo del primer estadio -en la torre, encadenado- se expresa en el primer monólogo, que se inicia con la conocida lamentación:

Seg.- . Ay, misero de mí! .Ay, infelice! (9)

(Jorn. I, p. 222)

En este texto quedan planteados los elementos fundamentales del conflicto, acuñados en la brevedad de estos versos:

"...el delito mayor
del hombre es haber nacido"

ya: "¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?"

Este último se reitera, a modo de estribillo, con las variantes:

"y yo, con mejor instinto,"
"y yo, con más albedrío,"
"y teniendo yo más vida,"

A través de una gradación de interrogaciones retóricas, Segismundo expresa un clamor angustiado pero enérgico de protesta por su injusta situación, ya que está privado del ejercicio de su libre albedrío.

De su comparación con los demás hombres, con el ave, el bruto, el pez y aun lo inanimado -el arroyo- surge en el personaje una pregunta, síntesis de las anteriores, que queda sin respuesta:

¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,

El proceso gradual del des-engaño, del "salir del engaño", se expresa en el segundo monólogo que versa sobre la "vanitas vanitatum" insertada en la polaridad vida-sueño.

La reflexión sobre sus vivencias por un camino doloroso lleva a Segismundo a comprender la vanidad de todo lo que existe. De ahí que, en adensada síntesis, queda expresado su desengaño en el elemento fontal de su pensamiento filosófico: la idea de que la vida es sueño.

A la reiterada pregunta ¿Qué es la vida? responde con una serie de sustantivos que aluden a la apariencia de la realidad, en una enumeración fenomenológica que va desplegando ante nosotros lo que se muestra: frenesí, ilusión, sombra, ficción, hasta llegar a lo que es: sueño.

Seg.: - ¿Qué es la vida? Un frenesí.
 ¿Qué es la vida? Una ilusión,
 una sombra, una ficción,
 y el mayor bien es pequeño;
 que toda la vida es sueño,
 y los sueños, sueños son.
 (Jorn. II, 243)

Calderón universaliza el concepto: Segismundo concluye que la vida, no sólo su vida, es sueño; y ese saber lo lleva a la convicción de que cada hombre -y él mismo- debe esforzarse por asumir la responsabilidad de una nueva existencia espiritualizada.

Clot.: - ¿Qué dice?
 Seg.: - Que estoy soñando, y que quiero
 obrar bien, pues no se pierde
 el hacer bien aun en sueños
 (Jorn. III, p. 245)

El "hombre nuevo" ha matado al "hombre viejo" que, desengañado ya, se halla en apertura, en disponibilidad para alcanzar la definitiva conversión hacia la que se encamina afirmándose en una segura realidad:

Seg: - Más, sea verdad o sueño,
obrar bien es lo que importa
 (Jorn. III, p. 246)

En la mutación operada en el protagonista, Calderón ha insertado un elemento que ha merecido diversa consideración por parte de la crítica: el amor que en el alma atormentada de Segismundo suscita Rosaura, personaje que encarna un conflicto de honra que se inscribe en la acción secundaria (11).

No puede desconocerse su importancia en la obra: el amor -dimensión ontológica esencial de la existencia humana- ilumina un aspecto importante en el alma del protagonista que lo sustrae por momentos de su abstracta simbología y lo muestra en su condición de hombre menesteroso y doliente como otro cualquiera.

El autor asume -como señala Green- una larga tradición literaria enraizada en la concepción platónica, según la cual, la mujer y la belleza femenina son símbolos de la Belleza eterna que se identifica con la Verdad; tradición presente en el Dolce Stil Nuovo del S. XIII y en el Neoplatonismo del XV.

Calderón coloca la belleza femenina -Rosaura- como una relación salvífica para Segismundo, pues le permite inteligir la naturaleza específica de la vida. Vuelto el príncipe a la prisión y desengañado de su breve experiencia de mundo -que cree sueño- descubre que en medio de la constante mutación de las cosas terrenas su sentimiento ha resistido, permanece; ese será el camino adecuado para alcanzar la libertad.

Seg.: - De todos era señor,
 y de todos me vengaba;
 sólo a una mujer amaba...
 que fue verdad, creo yo,
 en que todo se acabo'
 y esto solo no se acaba.
 (Jorn. III, p. 243)

El amor descubierto en el retorno a su interioridad por el magisterio del sueño vivido lo impulsará a vuelos más altos, porque el hombre es un

ser siempre susceptible de enriquecimiento ulterior.

En la obra hay claros hitos de ese itinerario de espiritualización hecho de tentaciones y vencimientos: éstos patentizan que Segismundo, abierto a la dimensión sobrenatural, ha orientado su voluntad hacia el bien último:

Seg. I- Si es sueño, si es vanagloria,
¿quién por vanagloria humana
pierden una gloria divina?
.....
.....Pues si esto toca
mi desengaño, si sé
que es el gusto llama hermosa,
que la convierte en cenizas
cualquiera viento que sopla,
acudamos a lo eterno,
que es la fama vividora,
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.
(Jorn. III, p. 251)

Unamuno nos había dicho que "el hombre espiritual, de puro espiritualizarse, vuelve al pueblo" -al hombre natural- que lo espera aun sin saberlo.

La peripecia causada por la revolución del pueblo que libera a Segismundo para que lo salve -y se salve a sí mismo como pueblo- ofrece al príncipe la posibilidad de mostrar a su pueblo "lo que es", "su propia alma", "la visión de un hombre entero y verdadero", en palabras de D. Miguel. El pueblo percibe intuitivamente esa grandeza y expresa su reconocimiento en el espontáneo y unánime grito:

Todos: - ¡Viva Segismundo! Viva!
(Jorn. III, p. 251)

Aún falta a Segismundo vivir el momento más alto de su conversión, que se plantea en un conflicto interior: el vencerse a sí mismo. Es la difícil victoria a la que alude Cervantes por boca del entrañable Sancho, cuando Don Quijote regresa vencido a la "deseada Patria":

Abre los brazos y recibe también a tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede (12).

Segismundo, en posesión de sí, afirmado en su querencia de "obrar bien", tiene conciencia de que cuanto más alto se ve el deber ser, tanto más intenso es el querer ser. Así lo expresa:

Pues que ya vencer aguarda
mi valor grandes victorias,
hoy ha de ser la más alta
vencerme a mí.....

(Jorn. III, p. 254)

Este vencimiento se relaciona con el amor, ahora iluminado por una instancia más alta. Sacrifica su amor para salvar el honor de la amada, en lúcida aceptación del código de honor que sustenta el orden social. El sacrificio perfecciona al amor y en el amor se halla la perfección; y por ella, la difícil identidad. Pero ese conocerse a sí mismo necesita del reconocimiento de los demás. Por eso, el último Segismundo, al proyectar al pueblo su "obrar bien" concretado en sucesivos actos de "virtus", restaura la armonía del reino y, a su vez, por el reconocimiento de su pueblo, alcanza la plenitud de la conciencia de identidad, que Calderón expresa en la voz del rey Basilio, su padre:

.....príncipe eres!
A ti el laurel y la palma
se te deben; tú venciste;
corónente tus hazañas.

(Jorn. III, p. 254)

Notas:

- (1) Unamuno, Miguel de: "España y los españoles, en Obras Completas. Madrid, Escelicer, 1968. T. III, pág. 727.
- (2) Palacio Atard, Vicente: Derrota, agotamiento, decadencia, en la España del S. XVII. 3ª ed., Madrid, Rialp, 1966, pág. 119.
- (3) Cf. Maravall, José Antonio: La Cultura del Barroco. Madrid, Ariel, 1975, Cap. V.
- (4) Cortazar, Celina S. de: La poesía de Quevedo. Bs.As. Centro Editor de América Latina, 1968, pág. 28.
- (5) Orozco Díaz, Emilio: El teatro y la teatralidad del Barroco. Barcelona, Planeta, 1969, pág. 26.
- (6) Valbuena Briones, Angeli: Perspectiva Crítica de los Dramas de Calderón. Madrid, Rialp, 1965, pág. 14.
- (7) Cf. Reyes, Alfonso: "Un tema de La Vida es sueño" en Trazos de Historia Literaria. 2ª ed., Bs.As., Espasa Calpe, Col. Austral.
- (8) "Otros Ensayos". Op. cit., T I, pág. 1219-1226.
- (9) Calderón de la Barca, P.: Obras Completas. Dramas. Madrid, Aguilar, 1951. Todas las citas remiten a esta edición.
- (10) "Dramas Filosóficos" (de Calderón de la Barca) en Estudios de Crítica Histórica y Literaria. Bs.As., Espasa Calpe, 1944. Tomo III, pág. 224.
- (11) Menéndez y Pelayo, con su indiscutible magisterio, inclinó durante mucho tiempo a los críticos en la valoración negativa de la acción secundaria ("...es una intriga extraña, completamente pegadiza y exótica...") y, particularmente, de Rosaura ("personaje inverosímil y cuyas aventuras es tan fuera de toda realidad"). Op. cit., p. 230. En análogo sentido se expresa D. Angel Valbuena Prats: "La intriga secundaria de La Vida es Sueño...resta interés a la parte principal, y casi puede prescindirse de parte de ella sin variar esencialmente el drama". Historia de la Literatura Española. 4ª ed. Barcelona, G. Gili, 1953, T. II, pág. 547. En la justificación de la doble intriga y la revalorización del amor en el proceso de conversión de Segismundo han trabajado, entre otros, Edward M. Wilson: "La Vida es Sueño" en Revista de la Universidad de Buenos Aires, 3ª serie, IV, No. 3 y 4, pág. 61-78. Cesareo Banderas: "Rosaura" en Mimesis Conflictiva. Madrid, Gredos, 1975, pág. 184-199. Otis H. Green: España y la tradición occidental. Madrid, Gredos, 1969. T. I, pág. 300-301. Alberto Navarro: El Quijote español del S. XVII. Madrid, Rialp, 1964. José Bergamín: "Rosaura: intriga y amor" en Lázaro, Don Juan y Segismundo. Madrid, Taurus, 1959, pág. 83-87.
- (12) Cervantes, Miguel de: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Obras Completas. 13ª ed., Madrid, Aguilar, 1964, Parte II, Cap. 72, pág. 1518.